

gaban su proximidad, su inminencia los hombres del partido liberal.

La verdad, decían, es que nadie se dá por engañado con los engaños del gobierno. Todo el mundo comprende que siente el gobierno la necesidad de sostenerse por estos reprobados y reprobables medios, de imponerse como necesario en ciertas regiones, de agarrarse al combatido timon del Estado por mucho tiempo, é identificar su causa con la causa del orden público. Porque no se concibe de otra manera que se hable así, que se encrespen esos mares de palabras con que los periódicos ministeriales están diariamente atronando al país. No se concibe de otra manera que se usen todas esas gastadas imágenes retóricas, sobre la cuchilla de la ley, y el rayo de la revolucion, y el oleaje de las pasiones, y la necesidad imperiosísima de salvar una sociedad terriblemente amenazada. Todos esos fuegos de artificio tienen por objeto deslumbrar á alguien, cegar á alguien: que de todo se valen para sostenerse un día más nuestros malhadados gobiernos, en un poder que materialmente huye bajo sus plantas á impulsos de la reprobacion general del país, cansado de estos sistemas doctrinarios que sólo han servido para esquilmarlo.

La union liberal, por lo que vemos, se halla muy próxima á caer en aquellas aventuras célebres de un ministerio más célebre todavía, aventuras que consistian en fingir conspiraciones por el placer de descubrirlas y desarmarlas, mostrando á los tímidos que solo unas manos hábiles y poderosas, como son siempre las manos de los gobernantes, eran capaces de salvar el orden público. Los tiempos han cambiado. Lo que antes se hacia urdiendo una mala intriga, se hace ahora forjando unos cuantos artículos, y se acusa, y se persigue, y se execra á partidos enteros, tal vez para encontrar un nuevo pretexto con que resucitar el estado de sitio y reducir la prensa, esa institucion que tanto les molesta, á un oprobioso silencio.

A pesar de estas seguridades el gobierno seguía asegurando la proximidad de un reto revolucionario lanzado desde los campos ó las calles á su rostro. Y estos replicaban:

El general O'Donnell quiere sin duda que paguen los que él llama revolucionarios sus desgracias, la desgracia de no haber conservado su antiguo prestigio militar, la desgracia de no haber resuelto la crisis económica, la desgracia de no haber sacado á los partidos liberales del retraimiento, la desgracia inmensa de no tener un cuarto y no poder, por consecuencia, abrir aquel gran mercado donde tenian tarifa todas las apostasias políticas, desde la apostasia de los tráfugas más oscuros, hasta la del ministro que en 1856 rompió la guerra en las calles, jefe segundo del partido progresista, contra el primer jefe de la union liberal.

¡Triste destino en verdad el destino del general O'Donnell! Castigado se halla de una manera tremenda. Él pasó dos años conspirando contra la autoridad, y otros dos años contra la libertad; él ha derrocado á cañonazos dos situaciones. Y ahora se encuentra con que por todas partes, en todas direcciones, aparece á sus ojos la revolucion, no real, no efectiva, sino como una sombra gigantesca, que sus remordimientos proyectan sobre la sociedad. Hay Providencia.

Los periódicos ministeriales aseveraban que existia una grande agitacion y los periódicos revolucionarios respondian con estas terribles palabras:

«Existe una grande agitacion. No somos nosotros los que decimos esto; lo dicen periódicos ministeriales tan autorizados como *El Diario Español*, cuyas tétricas y amenazadoras palabras resuenan en todos los oídos, y difunden la alarma por todos los ámbitos de la península. Tampoco somos nosotros; aunque tachados constantemente de revolucionarios, los que hemos traído la cosa pública á tan supremos y angustiosos extremos. Así como nadie puede averiguar de dónde sa-

len, de dónde emanan los torrentes de electricidad generadores de las tempestades, nadie sabe tampoco de dónde emanan los elementos generales de las revoluciones. Una escuela ha llamado á las revoluciones agentes misteriosos de la Providencia, que vienen á castigar á los pueblos, otras escuelas las han llamado la condensacion de los tiempos; otras las han creído perturbaciones tan necesarias y á veces tan saludables, como esos desequilibrios de la atmósfera, en cuya virtud se desatan los vientos; pero todas á una han convenido en que las revoluciones son siempre algo más que la conjuracion de un partido, algo más que el esfuerzo de un individuo, algo más que las sediciones de unos cuantos militares: la erupcion, digámoslo así, de una sociedad por grandes y terribles dolores herida, por grandes y terribles necesidades apremiada, por grandes ideas agitada y convulsa. Por consecuencia, nada nos parece tan insensato, tan pueril, como el empeño de ciertos hombres en creer que la revolucion se extermina exterminando á los revolucionarios. Perseguidlos si os place, no les consentais ni libertad para su pensamiento, ni seguridad para su hogar, expulsadlos de la patria á la manera que Felipe III expulsó á los moriscos, y nada habeis hecho para conjurar el profundísimo malestar social que os aterra á vosotros mismos, si no satisfacéis con urgencia las grandes necesidades ó las grandes aspiraciones que, más ó menos pronto, suelen traer, sin que ninguna fuerza humana sea bastante á evitarlo, el imperio de la revolucion.»

«¿Pues qué, sabeis de algun individuo, de algun partido, de algun pueblo que voluntariamente y por placer haga las revoluciones? ¿Pues qué, el instinto social de conservacion no es tan seguro, tan imperioso, como el instinto individual que nos aparta de los peligros por un movimiento orgánico, fatal é inconsciente? Aunque las sociedades son inmortales; aunque no tienen esas zozobras que lo limitan de la vida y lo ténue de la salud despierr-

tan en los individuos, su instinto de conservacion es tan grande, tan prodigioso, que solamente aceptan las revoluciones cuando han agotado todos los medios pacíficos, cuando han tentado sin fruto todos los caminos legales. Bien seguros estamos de que jamás hubiera venido el terrible 10 de Agosto en que pereció la monarquía francesa, sin la fuga á Warens, sin la resistencia á firmar las leyes sobre el clero. Nunca hubieran caído definitivamente los Estuardos, cuyos representantes más ilustres habian sido inmolados en dos sucesivos cadalsos, sin que por eso dejaran sus dos últimos régios descendientes de ascender al trono; nunca hubiera caído definitivamente aquella dinastía por tan poderosos enemigos acosada, sin el empedernido jesuitismo de Jacobo II. Inmenso daño, irreparable daño infieren á los poderes que sirven aquellos sus cortesanos, que como *El Diario Español*, constante servidor del ministerio O'Donnell, en vez de pedirle que modifique sus errores, que cambie su política, único medio de conjurar temibles y pavorosas catástrofes, le piden con insistencia que se ciegue de orgullo y se arme de fuerza, como si hubiera, ni en el orgullo de los poderes, ni en su fuerza, virtud alguna capaz de conjurar los males que ellos mismos han fatalmente engendrado.»

«Puesto que *El Diario Español* sabe á ciencia cierta que la situacion es revolucionaria, examine bien quién es aquí el principal responsable de esta grande, de esta suprema angustia que todos sentimos, que todos deploramos; porque como hemos dicho, ni pueblos ni individuos aceptan de buen grado las revoluciones, y pueblos é individuos las conjuran por todos los medios que tienen á su alcance cuando buenamente pueden conjurarlas. Pero si la agitacion es grande, la culpa principal ¿qué decimos? la culpa única exclusiva es del general O'Donnell y del partido que el general O'Donnell capitanea y representa.»

«Dos causas principales engendran el ma-

lestar profundo de esta sociedad, su agitacion revolucionaria: es la una, el retraimiento de los partidos populares; es la otra, el desconcierto de la Hacienda pública: ambas á dos se han originado de la política seguida por la union liberal. Cuando despues de once años de una réacción ciega se habia llegado á escribir un pacto, al cual concurrieron todos los partidos liberales, los unos con su voto, los otros con su controversias, y sus discusiones, y sus consejos, y sus luces; cuando se habia escrito una legalidad, si no tan justa como nosotros deseáramos, más amplia en verdad que la precedente; el general O'Donnell lo destruyó todo, lo borró todo con el humo de sus cañones. Desde aquel momento la proscripción de los partidos liberales fué inevitable, é inevitable tambien la conducta que habian de seguir en lo venidero. Y como quiera que en los sistemas constitucionales, si quier sólo sean aparentemente observados y cumplidos, no puede un solo hombre constituir una situacion y defenderla, el general O'Donnell necesitó un partido. Y como los partidos, estas grandes colectividades se animan de las ideas, se arraigan en los intereses, necesitan de ese gran capital que se llama *el tiempo*, y brillan por su larga historia, no pueden improvisarse en un dia. Y el general O'Donnell se encontró con poder, pero sin partido. Y para formar lo apeló á los medios más reprobables, al poder de la intriga, al cebo del presupuesto, á la corrupcion que nos está degradando, á una especie de sacerdocio ó de religion del dios inmundo de los goces materiales. Y despues, llevándose de un lado elementos moderados, y de otro lado elementos progresistas, desconcertó las dos fuerzas que equilibran el sistema constitucional, y lo entregó sin contrapeso á los azares de la revolucion y de las reacciones. Hizo con su política bastarda que el partido moderado fuera á buscar su sávia en el partido neo-católico, y como el partido progresista viniese por una necesidad incontrastable á

inspirarse en el espíritu democrático. Y aquel término medio, bello ideal de los partidos conservadores, tan distante de la reaccion como de la revolucion, que tiene todos los prestigios de la monarquía y toda la vitalidad de las libertades, segun sus adeptos, en el cual lo antiguo se conserva por medio de las instituciones seculares, y lo nuevo penetra por medio de las instituciones revolucionarias, aquel término medio quedó debilitado, porque se acabaron con las maquinaciones del general O'Donnell todas las transacciones, y se comenzaron todas las luchas, convirtiéndose el sistema constitucional en la dictadura más ó ménos amañada, más ó ménos franca de un solo hombre. Así la primera condicion de los sistemas constitucionales, que es la renovacion de los partidos en el poder, no ha podido cumplirse. El partido moderado puro, ora personificándose en Narvaez, ora en O'Donnell, ó en variantes de estos dos nombres, ha venido dominándonos diez años sin ninguna interrupcion, y al cabo de tanto tiempo se ha encontrado que el partido progresista, elemento preciso del sistema constitucional, está definitivamente fuera del Parlamento, fuera de la ley, imposibilitado por consiguiente para llevar al sistema constitucional la renovacion indispensable de su espíritu y de sus ideas. ¿Quién tiene, pues, la culpa de la agitacion revolucionaria que hoy se siente? El general O'Donnell.»

«Y por una expiacion que acompaña siempre á todas las grandes faltas, el general O'Donnell es tambien responsable de nuestra situacion económica. Él trajo la paralización de la venta de los bienes del clero, con lo cual fué preciso apelar más tarde á empréstitos moralmente escandalosos y económicamente ruinosos, como el empréstito Mirés. Él, más tarde, aprovechó los cuantiosos rendimientos de la desamortizacion que habia rechazado. Mas en vez de consagrarlos á amortizar la deuda ó á promover las obras públicas, los malbarató en fuertes, en cuar-

teles, en gastos dispendiosos é inútiles, en expediciones como la de Méjico, en guerras como la de Santo Domingo, en el aumento de una administracion costosísima, cuyo único objeto es no regir el país sino ganar las elecciones. De aquí las emisiones de papel que vinieron á aumentar la deuda; la esterilidad de la Caja de Depósitos que amortizó y mató por consecuencia grandes capitales; los contratos con el Banco de España, que arrebatándole su numerario han traído esta escandalosa crisis, á cuyo influjo se recrudece y encona cada dia más el hambre de los pueblos. Por consecuencia, ¿quién es el responsable de la agitacion económica que viene á proseguir la agitacion política? El general O'Donnell.»

«Los escolásticos tenian entre sus axiomas, el fundamental de *sublata causa, tollitur effectus*. Que los poderes legítimos arrojen del gobierno al general O'Donnell, y habrá cesado en gran parte la agitacion revolucionaria que hoy se siente. Que los poderes legítimos devuelvan su libertad á la prensa perseguida, su fuerza á la asociacion proscrita, su fuerza al régimen constitucional bastardeado, su influencia al partido liberal esclavizado, su amplitud al sufragio convertido en un cubileteo indigno, y habrá cesado la agitacion revolucionaria. Que los poderes legítimos rebajen el presupuesto, castiguen los gastos, reduzcan el ejército, simplifiquen la administracion, amorticen la deuda, emancipen el crédito en vez de monopolizarlo en Bancos privilegiados, y habrá cesado la agitacion revolucionaria. Que esa reaccion ciega, tenaz, impenitente, siempre dispuesta á conspirar contra todas nuestras libertades, fuerte ó hipócrita, segun necesita oprimirnos ó engañarnos, ceda, huya de este país, que tanto ha explotado, y cesará para siempre la agitacion revolucionaria. Pero las cárceles, los presidios, la supresion de los periódicos, la inmolacion de la vida de los honrados ciudadanos en horribles suplicios, el aumento

de nuestro largo catálogo de mártires, el exterminio que *El Diario Español* predica tan sin consejo, sin paliar ninguno de nuestros males, daría tal vez fuerza por un momento al general O'Donnell, pero incontrastable, invencible, permanente á la revolucion. ¿Queréis desarmarla? Pues acudid á la justicia, á la libertad, los únicos para-rayos de las revoluciones.»

En esto sucede un hecho que agita vivamente la opinion pública en España. Un escritor y un editor habian sido conducidos de la Audiencia á la cárcel, y de la cárcel á la Audiencia en el carruaje cerular y con esposas en los pies y en las manos. La prensa puso el grito en el cielo. LA DEMOCRACIA decia:

«Madrid no ha salido todavía de su asombro. La infame y bárbara crueldad cometida con nuestro compañero D. Javier Ramirez, y con nuestro editor D. Joaquin Cobelo de Lias, ha indignado á toda esta sensata y culta poblacion. El Sr. Ramirez lleva todavía, llevará por mucho tiempo las marcas del hierro que la implacable justicia humana suele guardar para los grandes criminales. Pero como el crimen no puede ser creado por la ley positiva, sino que ha de nacer de otra ley más alta promulgada en todas las conciencias por una voz divina, las señales de los hierros que manchan sus brazos, son marcas de luz que abrillantan su alma. Si faltaba alguna nueva hez al cáliz de su amargura, despues de haberle tenido cinco meses en la cárcel, el dia que por la ley le tocaba respirar un poco de aire libre, lo encierran en el fúnebre coche de los presidiarios, en el enrejado asilo del crimen, especie de jaula de fieras, y así lo lleva maniatado con pesadas esposas en presencia de sus jueces.»

«¡Oh! ¿Puede darse una crueldad mayor? Periodistas de la union liberal, periodistas que protestásteis contra la política del general Narvaez, no tan dura ni tan cruel como la política del general O'Donnell, ¿cómo callais ahora? No basta con una lijera protesta; es

necesario apartarse de un gobierno que mancha la prensa con los hierros de los presidios. Si el sentimiento de libertad no anida en vuestros corazones, si la idea de justicia no habita en vuestras conciencias, acordáos al ménos de que la rueda de la fortuna hoy baja á los que ayer alzaba, y acaso no pasarán muchos días sin que os veáis vosotros mismos en la cárcel de los criminales, en el carro ceular de los presidiarios, con los hierros de los homicidas. Si no habeis perdido la memoria, hace un año que vosotros, los dispensadores hoy de la fortuna y de los honores públicos, bajo la amenaza de un auto de prisión, os encontrábais próximos por consiguiente á las duras condiciones á que habeis reducido al redactor de LA DEMOCRACIA. Y mañana caereis, y la inflexible justicia de la Providencia, os castigará con los mismos ó mayores castigos que los infligidos por vosotros á vuestros enemigos.»

«No conocemos error más trascendental que el error de castigar con penas aflictivas la conciencia, el pensamiento; de perseguir los fenómenos morales con las represiones materiales. El castigo material, lejos de corregir al que se ve castigado por ideas, por pensamientos, le empeña más y más en sus creencias. La sociedad que se aparta del reo vulgar, rodea con una aureola de gloria las sienes del reo político. La ley de hoy le alza un cadalso, la ley de mañana un altar. Unos pocos le llaman criminal, pero todas las generaciones le llaman mártir. Hay en esa cárcel que ahora se abre para recibir los presos políticos, en esos hierros que ahora los aprisionan, en esos castigos que ahora los apenan, alguna sombra de la antigua inquisición reprobada hoy por la voz de todos los siglos.»

«¡Qué gloria para la union liberal! En su tiempo, sólo en su tiempo se ha dado el caso de que un escritor honrado vaya con cadenas, con hierros al presidio. Sólo bajo su imperio se ha dado ejemplo de esta crueldad nero-

niana. Las heridas que sus esposas han abierto en los brazos del Sr. Ramirez, serán siempre la acusación de la barbárie del gobierno; el testimonio de su arbitraria tiranía. Y cuando las situaciones llegan á estos punibles extremos, cuando cometen estas brutalidades, se creen fuertes porque son feroces, y en realidad muestran su ceguera y su incurable impotencia.»

«Y no se diga que lo sucedido en la cárcel es sólo un accidente, cuando es un sistema; no se diga que es la venganza de un alcaide, cuando es la justicia de un gobierno. Si se ha extrañado que un escritor público vaya en el carruaje ceular, más extraño es todavía que despues de cinco meses gimra en otro sitio no ménos horrible, en el fondo de una cárcel. Si se ha extrañado que un escritor público vaya en compañía de cuatro criminales desde el Saladero á la Audiencia, en compañía de cuatro mil está hace cinco meses. Si se ha extrañado que las penas aflictivas vengan hoy á perseguirlo, estas mismas penas multiplicadas por tantos días de angustias supremas, estas mismas penas sufre junto á honrados editores, sin que el clamor haya sido tan universal como es ahora, en que sólo se ha visto un momento, un minuto de su terrible pasión. Y despues de todo, con la ley en la mano el fiscal de la Audiencia pide que le condenen nueve años á presidio, que le vistan el toseo traje, que le rapen la cabeza, que le ciñan el grillete al pié, que le sepulten donde yacen los criminales más vulgares, sin pensar siquiera en que hay temperamentos sensibles, nerviosos, como el temperamento de las aves, almas nacidas para volar, para cantar, para descomponer en sus alas los matices de la luz, para recoger en sus pulmones el aire de la libertad; almas de poeta, las cuales sufren solamente en una hora de cautiverio, en un día de prisión, los dolores de muchos siglos, aumentados por la sensibilidad del corazón, por el hervor del cerebro.

«Los que tienen la culpa de todo esto, los

responsables del escándalo de la sociedad y de la aflicción de tantas almas buenas, son los que han resucitado en pleno siglo décimo-nono, en el siglo de la fé, en la tolerancia universal esas horribles penas corporales que el magistrado impone con horror, que la sociedad rechaza con energía. Porque el castigo social, para ser eficaz, para ser justo, para no sublevar contra sí los ánimos, necesita estar sancionado por una ley más alta que la ley positiva, por la ley moral; necesita caer de un tribunal inapelable, altísimo, del tribunal divino de la conciencia universal. Preguntadle al pobre alguacil que aprisiona un escritor, al escribano que sigue su proceso, al carcelero que lo custodia, al fiscal que lo acusa, al juez que lo condena, al ciudadano indiferente, cuya conciencia es como la chispa que enciende la antorcha de la justicia, preguntadle y os dirán que estos procesos, estas vistas, estos castigos, todo lo que se hace tan sin consejo para perseguir, para oprimir el pensamiento, sobre ser ineficaz, porque el pensamiento se escapa de todas las cárceles, y se sobrepone á todos los jueces, y dicta á toda autoridad su autoridad soberana, es verdaderamente injusto, verdaderamente escandaloso, la mancha de nuestras leyes, la perturbación de todo procedimiento, la negra sombra de nuestros tribunales.»

«Es necesario dar libertad completa á la prensa. Es necesario restablecer el jurado para que entienda de lo único que hay penable en la imprenta, de la injuria y de la calumnia. Es necesario reconocer los derechos del pensamiento, tan eternos como el alma. Es necesario dejar espacio á todas las ideas, voz á todas las escuelas, campo de batalla á todas las controversias, porque de este discord de coro de contradicciones ha querido Dios que resulten las armonías de la vida. Si hoy se resucitan las penas aflictivas para el pensamiento político, ¿quién nos asegura que no se resucite mañana la inquisición para el pensamiento religioso? La persecución sañuda con-

tra la cátedra mató á Narvaez; la persecución sañuda contra la prensa matará á O'Donnell. Javier Ramirez llevó ayer unas esposas en las manos, llevará mañana unos grilletes en los piés, pero llevará siempre una aureola en la frente, mientras sus perseguidores, sus verdugos, sin poder romper la pluma del escritor, ni ahogar el pensamiento, llevarán hoy sobre su conciencia el ódio de esta sociedad, y mañana sobre su nombre la maldición de la historia.»

Mientras tanto la prensa liberal aprovechaba todos los acontecimientos para recordar al pueblo la necesidad inevitable de destronar á la dinastía. Con motivo del 2 de Mayo de 1866, el Sr. Castelar reunió en un artículo político todos los documentos que más podían despertar el ódio del pueblo contra la casa de Borbon. He aquí este artículo muy discutido por aquellos días, muy importante en la historia de los sucesos:

«¡El Dos de Mayo! ¡Cuántos recuerdos trae este solemne día á nuestra memoria! Aunque quisiéramos acordarnos de nuestras miserias presentes, del Banco Español y el Banco Nacional, de la crisis económica, de la penuria del Tesoro, de las apostasías de la union liberal, no podríamos, distraída la mente con la evocación de aquellos días de grande lucha, de grande prueba, pero también de grande gloria. El país sabe confusamente lo que sucedió el Dos de Mayo; sabe que el suelo pátrio fué hollado por gente extranjera, y redimido por española sangre. Pero el país no recuerda los sucesos que antecedieron, los sucesos que acompañaron, los sucesos que siguieron á aquella grande catástrofe, que será bendecida por todos los pueblos, que será aclamada por todas las generaciones, que servirá de ejemplo, como una estrella fija en los horizontes del mundo moral, porque antes se extinguirá la naturaleza humana que pueda extinguirse el culto al sacrificio y al martirio.»

Recordemos los hechos, nada más que los